

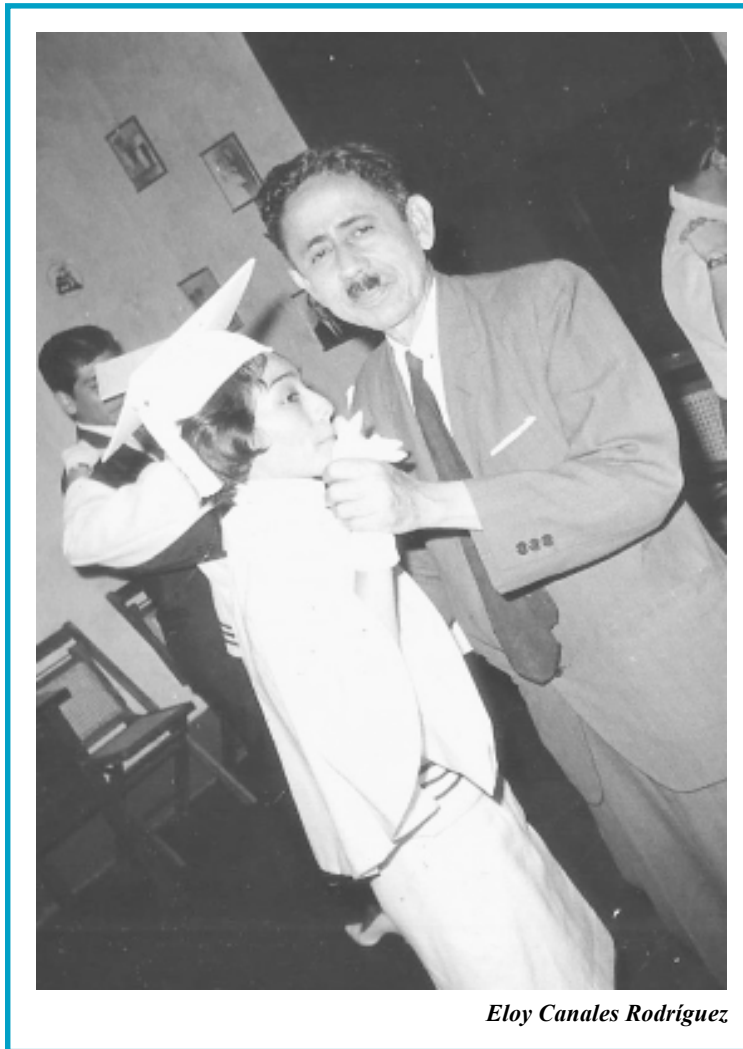
“Pobrecita Nicaragua”

*Anécdotas de
Jaime Marengo
Monterrey - Rivas*

Corría el año 1982, por más señas el mes de marzo, me encontraba frente a la farmacia Los Ángeles del doctor Guillermo Jiménez (El Bull), en un solar vacío que antes fue la casa de habitación de don Felipe Salinas, esposos de doña Amelia Martínez, que se mantenía en una miscelánea donde vendía frutas y productos de la finca.

Un grupo de personas estacionadas en el solar observábamos una manifestación con un poco de temor e inquietud. La marcha venía del lado del mercado, en esa época se acostumbraba que las manifestaciones pasaran por el mercado para engrosar las filas con las sufridas mujeres de delantal. Los manifestantes venían entonando consignas: “patria libre o morir”, “patria o muerte, venceremos”, “en la montaña enterraremos el corazón del enemigo”, “el que se cruce de la raya le rompemos la papaya”, “un solo ejército. Un solo ejército”, “pueblo únete”, “si Nicaragua venció, El Salvador vencerá”, y tantas consignas más que se usaban en esa época. Una de las personas presentes en el grupo de observadores eran don Eloy Canales Rodríguez, que se notaba con una gran tristeza y movía pausadamente la cabeza de derecha a izquierda, repitiendo: “pobrecita Nicaragua”, “pobrecita Nicaragua”.

A partir de la revolución, se enfermó de tristeza. La tristeza es una enfermedad no diagnosticada y con un mal pronóstico. En esa época don Eloy pa-



Eloy Canales Rodríguez

decía esa enfermedad: la tristeza; y al poco tiempo murió. Don Eloy Canales fue mi maestro en primaria en el instituto Rosendo López, también en secundaria, en Managua, en el Instituto Nacional Central Ramírez Goyena (colegio destruido en el terremoto de 1972), también fue maestro en las calles, no necesitaba un aula para enseñar, no importaba el lugar ni el momento, el siempre enseñaba, incluso su forma y proceder eran una enseñanza.

A don Eloy siempre lo tenemos presente cuando nos decía: “hola Monsieur; ¿Cómo esta su mamita y su papito?” Siempre al referirse a los padres lo hacía

con respeto, con cariño, y después del saludo de rigor hablaba de historia, de cultura y de otras cosas más.

En ocasiones lo encontraba en el parque contemplando extasiado la iglesia san Pedro en Rivas, me contaba que era una de las iglesias más armónicas, que era mejor que la catedral de León, que a pesar de ser mucho más grande, no tenía relación lo alto con lo ancho, en cambio la de San Pedro era bien proporcionada, bien armónica y guardaba una simetría correcta. También don Eloy me contaba sus viajes alrededor del mundo, y me decía que mi apellido era italiano, porque en una lápida del

cementerio de Venecia había visto el apellido Marceno, también me decía que las pirámides de Egipto no le habían impresionado ni había sentido ninguna emoción, y donde él se sintió identificado fue en Atenas, Grecia. Decía que en una vida anterior había vivido ahí. Me contaba que había recorrido en México la avenida de Insurgentes de 52 kilómetros, y dormía en los parques, y me hablaba de la laboriosidad de los japoneses, de los metódicos alemanes, de los fríos ingleses, me relataba la vida en el altiplano peruano y boliviano, y de los “ches” de las pampas argentinas, y tantas cosas que están en mi recuerdo, que son imborrables, inolvidables, incommensurables.

Don Eloy era ferviente, católico, mariano, rosacruz, masón, pertenecía al club rotario, a la Cruz Roja, sindicalista, vegetariano, y a cualquier institución que lo invitara a cooperar, allí estaba don Eloy Canales Rodríguez, dispuesto a ello. Con su miserable salario ayudaba económicamente a gran número de personas, y ahorra para hacer sus viajes alrededor del mundo, porque decía que era malo tener dinero, aferrarse a bienes materiales, de esa manera era universal.

En una ocasión, mientras don Eloy estaba en San Juan del Sur, bañándose, estaba intranquilo pues debía estarse fijando en su ropa, que la tenía en la costa, y tenía miedo que le robaran cien córdobas que andaba en a bolsa de su pantalón. Entonces tomó la decisión de salirse del mar, se fue a su pantalón, tomo los cien córdobas y los repartió entre unos transeúntes, volvió al

“POBRECITA NICARAGUA”

Página 2

agua y comenzó a bañarse feliz y sin preocupación. No tenía dinero, no tenía mujeres, creía en la reencarnación. Decía que él era sastre de abolengo, porque cinco generaciones de familia habían sido sastres. Para él todos los animales eran sus hermanos, y por eso sus habitaciones estaban llenas de gatos y cucarachas. Decía que era ciudadano del mundo, era gran pacifista y gran propulsor de la unión centroamericana.

Los dos maestros más grandes que ha tenido Nicaragua nacieron en Rivas: don Emmanuel Mongalo y Rubio, don Eloy Canales Rodríguez

Don Emmanuel Mongalo y Rubio, el héroe nacional, muere en Granada, el primero de febrero de 1872, de tuberculosis. Don Eloy Canales muere en Rivas el 13 de agosto de 1982, de tristeza.

“Caramba, cuanta insolencia”. En la actualidad, el maestro siempre sigue mal pagado, con la diferencia de que antes, el maestro y el ministro eran mal pagados, ahora la diferencia de salario es desproporcionada. En recuerdo a los insignes maestros, Emmanuel Mongalo y Rubio y don Eloy Canales, hay que repetir la frase: **“Pobrecita Nicaragua”, “Pobrecita Nicaragua”**.